

LUCHAS POPULARES, PRELACIONES Y ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA EN INDOAMERICA

Otto Morales Benítez

Los dos libros del cubano Sergio Guerra Villaboy que se publican en la "Colección 30 años Universidad Central", se refieren ambos a las acciones populares. En Colombia, se pueden considerar como primeras ediciones, pues las iniciales aparecieron en Cuba y México y no circularon en el país.

Además, se refieren a momentos históricos nuestros, especialmente el titulado **Los artesanos en la revolución latinoamericana (1849-1854)**, que roza en esa interesante época. Para los estudiosos colombianos son importantísimos porque ordenan períodos sociales sobre los cuales hay más silencio que claridad. Además, su concepción se orienta a destacar al pueblo como protagonista de las gestas nacionales. En el titulado **El dilema de la independencia:**

las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826) no pretende incidir en la exaltación de héroes, próceres y acciones militares. Se detiene "en la

concatenación casual de los acontecimientos, la lucha de clases y el papel de las masas populares".

Su enfoque, en ambos textos, es eminentemente social. No quiere repetir las consideraciones románticas que predominan en la escritura de muchos de los autores a quienes les tocó hacer la presentación inicial de nuestras luchas emancipadoras. Ellos primaron, igualmente, en los textos que se concibieron para el estudio de las escuelas y los colegios. Por cierto que por ausencia de ese sentido comunitario y la prevalencia de los héroes, sin participación del pueblo, censura el volumen colombiano de Henao y Arrubla.

Son ejemplares sus textos, y sus empeños se orientan a que la historia de Indoamérica esté inter-

relacionada de país a país, formando un conjunto sin cisuras. Es una nueva modalidad de escribir la del continente, que apenas comienza. Es la obligación cultural de destacar lo de que cada



nación acaba reflejada en su acción colectiva, la de su pueblo —no como espectáculo exclusivo— sino como material general que pertenece a Indoamérica. La costumbre ha sido, en los estudios del área, acentuar un gran desvío: darle primacía al pasado universal, después al de España y, si en las cátedras queda tiempo, se harán algunas reflexiones sobre lo del continente. Ahora —sin olvidar la universal, ni la española, ni alguna otra— deben dirigirse los estudios a destacar lo colombiano y lo de Indoamérica relacionando con los demás de la comarca. Tenemos demasiada personalidad comunitaria, y no podemos ocutarla más.

En esta "Colección 30 años Universidad Central" ya fueron publicados tres tomos de historia de Eduardo Pérez, doctor en Historia, que llevan por título **Guerrillas y montoneras en la independencia en los Andes y en la pampa meridional (1808-1820)** y de los cuales escribió el Maestro Germán Arciniegas que eran revelación en cuanto a la unidad del pasado en Indoamérica; que son un ejemplo excepcional, que se debe continuar. Igualmente, se ha editado el libro de Martha Lucía Tamayo, **Germán Arciniegas: el hombre que nació con el siglo (Una autobiografía escrita por otro)** y que nos revela sus teorías de que el común debe ser el protagonista de la Historia y que ésta debe escribirse destacando a los seres anónimos y, desde luego, con sentido de integración del continente indoamericano. Son lecciones del Maestro que se orientan hacia la necesidad de una escritura de nuestro pasado que es diferente del de España, Europa, Asia, Oceanía y África.

Consulta cuidadosa

Los dos textos de Guerra Villaboy son muy eruditos. Los temas han sido consultados cuidadosamente, lo que se establece leyendo la riqueza de su bibliografía. Desde su punto de examen histórico, abre nuevas perspectivas de análisis, que esperamos despierten interés y conduzcan a nuevos estudios —ya de historiadores colombianos— sobre una época poco valorada en nuestros anales. Quienes la conocieron y fueron actores, los exiliaron, tanto a los estadistas como a los escritores, y no quedó quien contara lo que aconteció. Este hecho ha producido un desconocimiento y deformación de esa época del

radicalismo liberal, que necesita trabajarse e investigarse con máximo rigor. Se enriquecerá mucho el pensamiento ideológico colombiano y pasamos de una historia de personajes a otra en la cual la masa y sus luchas populares ennoblecen su pretérito. Es un enfoque moderno de la historia en Indoamérica.

Desvío de la interpretación

Claro está, como lo anota el autor, esa fuerza romántica, que inicialmente aglutinó para el examen a varios seres, de diversa valía, ayudó, poderosamente, a formar los Estados del continente. Pero ello difería del significado que debe dársele a la independencia. Como más tarde, aparecieron nuevos escritores —algunos aficionados como cronistas— que, al exaltar unas figuras, mantenían la primacía de ciertas creencias morales y de instituciones coloniales, con dañina visión localista. Así se perdía el sentido revolucionario de esa lucha.

Después irrumpen los historiadores, que le dieron excesivo valor a las fuentes primarias y proclamaron que su visión era objetiva. No resplandece el pueblo en sus textos.

Más adelante, Guerra Villaboy señala nombres —por cierto de gran prestigio en el continente— pero que él considera que tienen la merma de no ofrecer ninguna consideración a las masas populares, obedeciendo a las restricciones mentales que son consecuencia del "eurocentrismo" y que, por lo tanto, no tienen en consideración nuestra válida y propia interpretación de los hechos. Sus análisis no avanzaron hacia fuera de las fronteras nacionales. Por ello no tenemos nuestra historia interrelacionada, que es lo que proponemos desde hace años y reiteramos en estas páginas de introducción.

Para Guerra Villaboy, los procesos de independencia son intervinculados. El escribe:

Hay pocos historiadores que han escapado a ese esquema para intentar una visión global de la liberación anticolonial de Nuestra América, y todavía son más excepcionales los esfuerzos comparativos. Ejemplos pueden encontrarse en los primeros textos de los llamados testigos actores —el patriota venezolano Palacio Fajardo

(1817) y su contrario, el realista español Mariano Torrente (1829)—, pasando por las interpretaciones clásicas del liberalismo decimonónico (Barrio Arana y Mitre), hasta las versiones modernas desde diferentes ángulos del positivismo (Pereyra, Ricardo Levene, Luis Alberto Sánchez) y las más recientes del estructural-funcionalismo (Halperin Donghi). También historiadores europeos y norteamericanos (Ballesteros, Galán, Lynch, Foster) han incurrido con mayor o menor profundidad y desde perspectivas ideológicas muchas veces opuestas, en esta misma dirección.

En el siglo XX, se comenzó a vincular la independencia con los procesos económicos. Pero luego, vino la metodología de la historia económica, que el autor señala así:

Entre los primeros autores latinoamericanos que cultivaron la historia económica se encuentran el colombiano Luis Ospina Vásquez, el brasileño Sergio Buarque de Holanda, el argentino Levene —quien hizo apreciables contribuciones a los antecedentes de la independencia del Río de la Plata— y el peruano Emilio Romero, consagrados a la elaboración de panoramas de sus respectivos países. También los marxistas argentinos Ricardo M. Ortiz y Rodolfo Puiggrós, y el brasileño Caio Prado Junior, forman parte de ese grupo que produjo grandes síntesis de historia económica y que, por supuesto, incluían los años de 1790 a 1826. Mención especial requiere el historiador norteamericano Charles Griffin, iniciador de los estudios comparados de historia económica y social sobre la independencia latinoamericana.

Igualmente, hace hincapié en la dimensión que alcanzó la historia con la influencia marxista. Se hicieron evidentes una serie de materias que antes no se tenían en consideración y que ensamblaron las relaciones e interpretaciones. Guerra Villaboy da una primera lista del continente:

Compulsados por las exigencias de la lucha ideológica, se dieron a la tarea de intentar develar las reales contradicciones ocultas en las versiones tradicionales mediante reinterpretaciones

de las historias nacionales, incluido el período de la emancipación. Uno de los principales logros de esta primera generación de historiadores marxistas latinoamericanos (los mexicanos Rafael Ramos Pedrueza, Cé Canovas y José Mancisidor, el brasileño Caio Prado, el cubano Sergio Aguirre, el haitiano Etienne D. Charlier, los argentinos Leonardo Paso, Sergio Bagú y Alvaro Yunque, los venezolanos Acosta Saignes y Carlos Irazábal —Salvador de la Plaza no se dedicó al tema de la independencia—, el uruguayo Francisco R. Pintos y los colombianos Torres Giraldo y Anteneo Quimbaya), fue un relativo distanciamiento del habitual culto al héroe, o para indagar sobre la función de las clases y grupos sociales en el proceso emancipador y otras cuestiones ignoradas por los textos tradicionales. Su propósito era probar cómo los personajes históricos sólo expresaban los intereses de amplios movimientos de masas.

Señala el autor que hay una amplia nómina de estudiosos que no son marxistas, pero que coinciden en tesis con éstos. Que llevan nuevos criterios a la corriente del relato y aplican la metodología del materialismo histórico. El primer trabajo de esta naturaleza que destaca es el libro **Economía y cultura en la historia de Colombia** (1942) de Luis Eduardo Nieto Arteta, que a la vez se acomoda, también, en la línea del revisionismo histórico nacionalista.

Luego, la escuela de los Annales y la "New Economic History" norteamericana, han impulsado una Nueva Historia de América Latina. A ello se une la "teoría de la dependencia", que surge en el año 70 con los trabajos de Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Aníbal Quijano, Oswaldo Senkel y Pedro Paz, "que abrieron la discusión" multifacética sobre las causales del subdesarrollo e impulsaron la sociología burguesa.

Guerra Villaboy señala los siguientes autores:

"Con mayor o menor énfasis, la nueva Historia de América Latina aborda el análisis de la independencia con métodos científicos y mediante el auxilio de las demás ciencias sociales, con una actitud crítica y revalorativa, para interpretar

el proceso histórico en su integridad, superando la simple descripción de hechos. Representantes de estas sustanciosas investigaciones y de fecundos trabajos y monografías, que arrojan nueva luz sobre las características del proceso liberador latinoamericano, lo constituyen los valiosos textos de Medina Castro, López Soria, Macera, Flores Galindo, Pérez Brignoli, Ricaurte Soler, Maldonado Denis, Halperin Dongin, Martínez Peláez, Roberto Cassá, Le Riverend, Moreno Fragnals, Carrera Damas, Otto Morales Benítez, Javier Ocampo López, Barran, Nahum y Lucía Salas, por sólo mencionar algunos de los autores que han hecho singulares contribuciones al período de la emancipación o sus antecedentes inmediatos".

Dentro del espíritu del desconocimiento de la participación del pueblo, menciona a los autores que hablan de la "apatía de las masas populares", que no es cierta. Estas, sin resistencia, nutrieron los ejércitos libertadores. La lucha tuvo explícitos alcances sociales. Estos, desde luego, en multitud de ocasiones entraron en severas contradicciones con los intereses —desde luego, los de la colonia— y con los que reclamaba la oligarquía criolla.

Guerra Villaboy tiene el cuidado de indicar cómo el concepto de masas populares implica connotaciones muy diferentes de país a país, pero, a la vez, se hace evidente que el fenómeno posee características idénticas. Es decir, cómo el entrelazamiento de la historia en el continente, es su signo. Por ello hemos insistido, desde hace varios años, en su enseñanza, en cada uno de nuestros países, en forma interrelacionada. Leyendo estas páginas, es evidente la fuerza reveladora de sus concomitancias. Es uno de los valiosos aportes de este joven historiador cubano al conocimiento de períodos fundamentales de nuestra formación. La intención de su trabajo es indicar "factores que impidieron entonces dar otro curso a la emancipación y con ella a toda la evolución posterior de América Latina". Es, por lo tanto, un estudio de largo alcance en nuestra evolución y una exaltación, justísima, que rescata la lucha popular. Como el mismo autor lo dice, es una apretada síntesis de un período central de nuestras vidas.

Noticias de "el Dilema de la Independencia"

Cada capítulo de esta obra tiene un epígrafe de José Martí. Se apoya en el gran prócer de la libertad de su patria, quien, además, fue poeta y escritor. Comienza por destacar las causas que condujeron a ese movimiento de la independencia. Las condiciones de la propiedad, las limitaciones impuestas por los mayorazgos, fueron creando modalidades típicas que, en relación con los comerciantes no monopolistas, una pequeña burguesía y capas medias —que integraban artesanos, intelectuales, pequeños empresarios— propiciaban una liberación comercial. Y así, igualmente, se solicitaba que desaparecieran los más gravosos impuestos: alcabalas, avería, almojarifazgo, armada, diezmo y otros.

A este proceso se van uniendo las protestas intelectuales: el **Memorial de Agravios** de Camilo Torres; la **Carta dirigida a los Españoles americanos** del jesuita arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán. El hecho de que se publicaran libros como la **Historia Antigua de México** de Francisco Javier Clavijero, jesuita mexicano, aviva el interés por descubrir las raíces propias.

Cuando se refiere a la Revolución Haitiana, que llama José Martí "el alzamiento terrible y magnífico de los esclavos haitianos", va precisando cómo es el espíritu popular el que determina los hechos. Desde 1791 hubo levantamientos, solicitando la igualdad política de los mulatos y los negros.

Aparece como segunda parte la guerra en Hispanoamérica que se corre entre los años de 1808 y 1815. En el capítulo III, se habla del "movimiento Juntista" de 1808 y 1810. Se produce coincidencia en la acción de Napoleón en España; se habla de la Junta Suprema de Sevilla y, desde luego, se ambiciona establecer la Junta de Gobierno en las Indias. Se repite la intención de país en país y se va estableciendo la evolución de los diferentes grupos sociales. La revolución popular no tuvo tibiezas. Igualmente, anota algunos fracasos como el acontecido en el Alto Perú. Pero renacía el interés por las juntas y se fortalecía. En la Nueva Granada tuvieron su origen en la provincia.

El capítulo III reseña la Revolución Mexicana que comienza con una sublevación campesina e indígena en el norte. El IV se refiere a Venezuela y sus múltiples peripecias.

El V se centra en la Nueva Granada, y hace alusión a los pensamientos cardinales:

El primero de abril de 1849 se inició el período presidencial del general López al ingresar el nuevo mandatario en el gran caserón ubicado a un costado del templo de San Carlos. Los planes de su administración quedaron esbozados desde su discurso inaugural, cuando se pronunció por que las normas de su gobierno fueran la democracia y el respeto a la voluntad popular. Anunció que reformaría la Constitución para adecuarla a los “grandes principios de la igualdad y tolerancia”, que promovería la educación pública, disminuiría los efectivos del Ejército, respetaría la religión, facilitaría el desarrollo del comercio y la economía, así como sostendría la libertad de industria, aunque evitando que “... se convierta en la desigualdad opresiva y destructora que apareja la acumulación de la riqueza”.

Luego, Guerra Villaboy indica las pugnas entre centralistas y descentralistas; y de qué manera se comportaron, ejemplarmente, las provincias. Sitúa cada proceso en su respectivo marco económico.

En el VII, relaciona la revolución y contrarrevolución en el Río de la Plata y el Perú. Van apareciendo los nombres de los abanderados, de los postulantes intelectuales, de las masas insurrectas. Pasan acontecimientos políticos, acciones guerreras, actitudes sociales por el Perú, por el Paraguay y el Uruguay. Se señala la colaboración eficazísima de las sociedades secretas. Enfatiza en movimientos como las “republiquetas” en el Alto Perú o la revolución mestizo-indígena en ese mismo país. En el VII, aparece Chile con las dificultades por la falta de unidad de los patriotas y un predominio de las fuerzas elitistas, al comienzo. Después hay un ascenso de los criollos anticolonialistas.

La Tercera parte del libro se ocupa del “desenlace de la lucha emancipadora: 1816-1826”. El capí-

tulo VIII está dedicado a la “Formación del Imperio del Brasil”. Fue un proceso muy diferente del de las colonias españolas: “la singularidad estuvo asociada al traslado de la Corte de los Braganza a Río de Janeiro, que forzó a la propia monarquía lusitana a sentar las bases de la autonomía brasileña y evitó que la aristocracia criolla tuviera que asaltar el poder por la fuerza como en el resto del Continente”.

Se detiene en contar muchas de las peripecias de nuestros pueblos hasta no consolidar las independencias.

Este libro tiene unas características que se repiten en el segundo:

- a) sorprendente la erudición en torno de los historiadores locales e internacionales que han tratado la independencia. Menciona tanto los dos de ayer como los más recientes en sus publicaciones;
- b) la recopilación de datos es impresionante, pues están los principales y los aledaños;
- c) es resplandeciente la cita de la legislación colonial, lo que revela conocimiento minucioso;
- d) los nombres, los más epigonales y los de menos nombradía, aparecen en el papel que les correspondió como protagonistas;
- e) no abandona la referencia a los acontecimientos internos que, de una u otra manera, determinaron parte del proceso histórico. Son dones intelectuales de Sergio Guerra Villaboy que no pueden desconocerse.

“Los Artesanos en la Revolución Latinoamericana 1849-1854”

Este es un libro relacionado con nuestra historia colombiana. Ya había publicado otro texto, **La república artesana en Colombia**. Los artesanos son el eje central en esta inquietante investigación. Aquí se asiste a un examen minucioso de cómo fue la ruina de ellos cuando se produjo un flujo neoliberal —con concomitancias con el de hoy (2000)— donde la religión del mercado tuvo su incidencia

catastrófica. Se hace evidente cómo fue la beligerancia por unas leyes proteccionistas que nos sacrificaran el trabajo nacional. El fenómeno —como los de carácter histórico y social de nuestros países— se presenta en México, en el Perú. En otras naciones adquiere caracteres de afanes por “reformas antifeudales y anticlericales promovidas por las capas más aburguesadas de la aristocracia criolla”. En Chile, los productores urbanos manuales hicieron parte de la “Sociedad de la Igualdad” que fundaron Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Produjeron sublevaciones en 1851 y auparon la guerra civil del 59. En Venezuela, fueron activistas en el movimiento de Monagas en 1848.

Sergio Guerra Villaboy advierte con claridad:

Pero en ninguna parte de América Latina la lucha de los artesanos y su papel en las revoluciones liberales burguesas, alcanzó la magnitud ni el significado histórico que tuvo en Colombia durante los acontecimientos de 1849 a 1858, a cuyo tema está consagrado este libro. Más adelante escribe que “la historia de América Latina nos ha sido contada al revés, salvo honrosas excepciones...”. Profundamente idealista y subjetivista, esa historia apologética se escribe para encumbrar determinados hechos y figuras, y no para explicar de manera científica la evolución de nuestras universidades.

Luego señala la etapa de los actores principales como Presidentes: “Los años de la reforma colombiana (1849-1854), coincidieron con los gobiernos de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849), José Hilario López (1849-1853), José María Obando (1853-1854) y la efímera dictadura de José María Melo”.

Desde luego, los alcances de esta obra son ambiciosos, pues aspira a señalar cuáles eran los rasgos fundamentales de la estructura económico-social, de las luchas antifeudales y anticlericales y de las reformas liberales. Ello a través de un caso, que es el de Colombia. Para el autor, es importantísimo destacar la participación popular en este tiempo de revolución.

Comienza por revelar cuál fue el legado colo-

nial. Señala que el interés mayor de los españoles era el oro, que llevó a resabios —desdén al trabajo en la tierra— y explotación irracional, humanamente, de los indígenas.

Al litoral caribeño colombiano le señala su particularísima categoría por la cercanía a las rutas marítimas internacionales de Cartagena, Santa Marta y Riohacha. Destaca zonas interiores de Antioquia, la “zona más rica de todo el virreinato”; el altiplano oriental de Cundinamarca y Boyacá; el Socorro, Vélez, Pamplona; las provincias del suroccidente o Gran Cauca: Cali, Popayán, Pasto. Las vías eran bien escasas, pues España puso poco interés en ellas. Siguieron, sin mejorarlos, antiguos senderos indígenas. El Magdalena era la ruta excepcional.

Hay apartes de singularísima importancia como las referencias a cómo operan en el desarrollo urbano las clases sociales. Son temas poco examinados en la historiografía colombiana. No existía gran riqueza, en la mitad del siglo, ni siquiera en quienes ostentaban ese título. Luego, los grupos eran muy heterogéneos. Los artesanos proporcionaban artículos para el transporte, vestuario, ornamentación y construcción. Los más numerosos eran los tejedores de lana. El obraje, que es un antecedente de los productores industriales, ocupaba asalariados.

Las labores artesanales en las ciudades se reglamentaron y se organizaron las cofradías. Estas recibían estímulos y amparos. Existían unas profesiones “más prestigiosas y lucrativas” como las de los orfebres, pintores, escultores, plateros y grabadores. Otras se consideraban intermedias como armeros, sederos, lanceros, etc. Los oficios bajos eran tales como los de los zapateros, herreros, carpinteros, albañiles. En 1777, se conoció, en Nueva Granada, la “Instrucción General para los Gremios” que establecía el control a éstos.

Más adelante se refiere a lo que aconteció en la Nueva Granada de 1830 a 1848. En esa etapa se crearon varias fábricas: la Siderúrgica de Pacho, fábricas de loza, compuestos de plomo, de vidrios y cristales, papel, lienzos de algodón. Se establecieron talleres para producir fósforos, jabones, velas, cerveza y ácido sulfúrico.

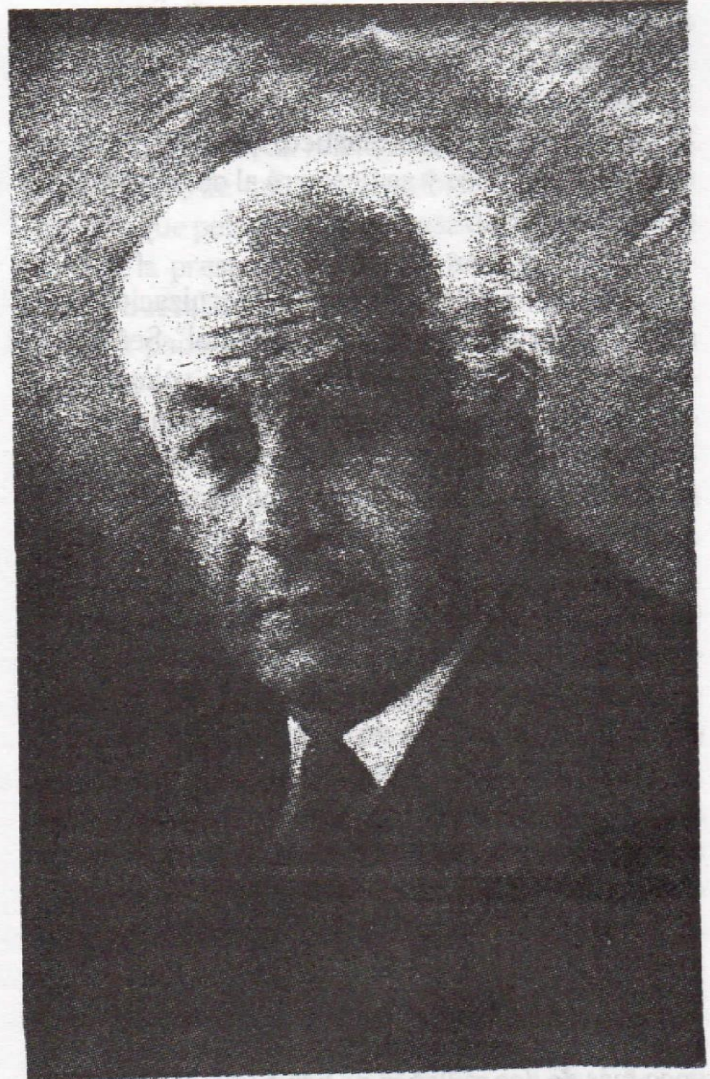
Naturalmente, hay referencia a la Guerra de los Supremos. En el gobierno de Mosquera, hay reformas profundas al sistema tributario. Florentino González como Minhacienda, rebajó las tarifas aduaneras, ciñéndose al pensamiento libre cambista. Por ley del 14 de junio de 1847 sólo se cobrará un "derecho de importación".

Los artesanos comenzaron a organizarse. Ambrosio López recorrió los talleres. Se creó la "Sociedad de Artesanos y Labradores de Bogotá". Lo primero que intentaron fue su educación. En el "Reglamento para la Instrucción de la Sociedad" se mencionaban seis materias básicas: Lectura, Escritura, Aritmética, Gramática Castellana, Moral y Urbanidad, y explicación metódica de la Constitución Política de la Nueva Granada, junto a principios elementales de Derecho Constitucional y ciertas nociones de Instrucción Militar. Se acentuaron en el liberalismo los programas sociales. La Sociedad Democrática de Bogotá participó activamente, en la elección de José Hilario López y adquirió gran importancia. A la vez, se fundaron similares en Cali, Popayán, Buga, Cartago, Medellín, Rionegro, Mompos, Cartagena, Santa Marta, Pamplona y otras ciudades y pueblos.

El gobierno de José Hilario López

Sergio Guerra Villaboy señala el gobierno de José Hilario López como uno de los momentos cénitales en la vida revolucionaria colombiana. Al tomar posesión, pronunció un discurso que uno de los historiadores conservadores —citado por Darío Restrepo— conceptuó que "algo huele esto a comunismo". Es en la etapa del radicalismo liberal, que vino a liquidar, en definitiva, la colonia española que aún se prolongaba en varias y retardatarias instituciones económicas y sociales. Por ello a sus integrantes, con justicia, se les llamó la "Segunda Generación de Libertadores". Realmente, el cambio fue de eficaz y rotundo deslinde en las costumbres y en las ideas.

López dijo en su oración que reformaría la Constitución "para adecuarla a los grandes principios de la igualdad y tolerancia", que promovería la educación pública, disminuirá los efectivos del Ejército, respetaría la religión, facilitaría el desarrollo



del comercio y la economía, así como sostendría la libertad de industria, aunque evitando que "...se convierta en la desigualdad opresiva y destructora que apareja la acumulación de la riqueza". Sus asesores y ministros fueron Manuel Murillo Toro, Francisco Javier Zaldúa, Ezequiel Rojas y Tomás Herrera.

Se produjo una sucesión de hechos de importancia y de consecuencia que fueron cambiando el mundo social y político colombiano, siempre con presencia de multitudes en las calles. La expulsión de los jesuitas se efectuó después de grandes

manifestaciones, presididas por los presbíteros Juan Nepomuceno Azuero y Manuel María Alaix e intelectuales como José María Samper y Carlos Martín. Se eliminó el fuero eclesiástico, los párrocos los escogían los cabildos y se desterró al obispo Mosquera en 1852.

Pero lo esencial fue la “modernización de la atrasada estructura económica y social”. Señalamos algunas de las medidas: la reducción voluntaria de los censos, que ponía la propiedad en circulación. Se suprime el estanco del tabaco; se acelera la “erradicación de la propiedad comunal precapitalista, la apertura del río Magdalena a la libre navegación y la abolición de la esclavitud”. Nació así el asalariado. Se cambió el criterio de la propiedad. El derecho a ésta nacía del trabajo, no del título. Se cambia la ley acerca de los resguardos que permitía la enajenación de las tierras de comunidades indígenas, que era “un obstáculo objetivo al avance de las relaciones capitalistas de la agricultura”. Se dictaron leyes sobre la libertad de enseñanza, que tuvieron alcances utópicos. Se abolieron la pena de muerte y la prisión por deudas. El ejército se redujo a la tercera parte. Se estableció la libertad de prensa. Se firmó el contrato para la construcción del Ferrocarril de Colón a Panamá. Se hizo un censo que dio un poco más de dos millones de habitantes. Al Presidente se le daría el trato de “Ciudadano Presidente”.

La reivindicación de los ejidos que habían pasado a mano de los terratenientes, produjo muchas reacciones violentas. Como éstos, también por la abolición de la esclavitud. Esas medidas juntaron a propietarios ricos y esclavistas, para propiciar la guerra de 1851, con centro en Popayán, en el Cauca, dirigida por Sergio y Julio Arboleda, y en el Chocó. Las sociedades Filotécnica y las Populares defendían el pasado social y económico.

Murillo Toro

Este fue personaje eminente —siempre tuvo esa categoría en la historia colombiana— en el gabinete de López. Desde el Ministerio de Hacienda, logró reformas tributarias. El escribió que los males nacionales dependían del régimen de impuestos: implantó uno progresivo; desató la lucha contra la usura e impulsó el desarrollo económico. Distri-

buyó regionalmente las rentas (ley del 20 de abril de 1850) y fue la primera vez que se utilizó la palabra descentralización en el vocabulario político y administrativo. Su plan de colonización buscaba democratizar la propiedad y su tesis primordial era que nadie debería tener “más tierra de la necesaria”. Era la quiebra del latifundismo. Su plan para repartir los baldíos entre los pobres era substancialmente revolucionario, pues quebraba la concentración propietaria. Así se eliminaba “el dominio económico y político de los grandes hacendados”. Estos, antes, tenían el Estado a su servicio.

Pasada la guerra de 1851, como lo anota el mismo autor, se creó la Escuela Republicana. Se presentaron beligerancias ideológicas. Se dividió el liberalismo en gólgotas y draconianos. Los primeros representaban los grupos económicos que, haciendo esfuerzos descomunales, crecían y avanzaban como los comerciantes, los empresarios y la intelectualidad radical.

Creció el cultivo del tabaco, inclusive para la exportación. Apareció un nuevo propietario rural que ocupaba brazos asalariados. Los mismos terratenientes parcelaron sus tierras. Como resultado de esa política radical, se hace posible la Colonización de Antioquia en el Gran Caldas. Con la navegación del Magdalena, crece el vigor económico de la costa caribeña.

Más adelante se produce un desnivel en la producción artesanal, a pesar de las medidas que buscaban evitar sus aulagas. Inclusive se crean talleres industriales “para la protección de las clases trabajadoras”. Se envían jóvenes a Europa a estudiar para modernizar la producción. Ya hay un fermento de lucha de los artesanos contra medidas de importación del gobierno.

En esa situación, asume José María Obando la Presidencia. En su “Alocución a los granadinos” señaló bases para avances y rectificaciones. Sus palabras preocupan por igual a los gólgotas, a los draconianos y a los conservadores. Se principiaron a presentar luchas entre las “democráticas” —a sus integrantes los llamaban “los guaches”—, los gólgotas, los estudiantes. “Cachacos” se denominaban las otras clases de más rango. El hombre de negocios

José María Plata ocupaba la Secretaría de Hacienda, predicando el "laissez faire".

La Constitución de 1853 recogía parte del pensamiento de los gólgotas, disminuyendo poderes al Estado. Murillo Toro había predicado "un mínimo de gobierno con un máximo de libertades". La carta no fue centralista en su concepción. Cada "provincia gozaba de amplias facultades y podía expedir sus propias leyes". Recogía principios que hemos reseñado en este escrito y, por primera vez, se consagró el voto para mayores de 21 años y la elección, por sufragio universal y directo, del primer mandatario, del Vicepresidente, de los Magistrados de la Corte, del Procurador General y de los gobernadores provinciales.

Se produjeron muchas confrontaciones en ese año del 53. No hubo reposo. Lo mismo acontecía en varias provincias. La creación de una Junta Central Directiva de las sociedades democráticas se consideró el preludio de los preparativos insurreccionales. Guerra Villaboy va reseñando, cuidadosamente, cada acto que se cumple en esos agitados días. La importación de telas, hilos de algodón, lana, mercería, ferretería, papel, sombreros, licores, comestibles, libros, impresos, máquinas, sal, novedades, etc.; alcanzaba cifras muy representativas. Los monopolios y los agiotistas crecían. Los militares se sentían hostilizados por los gólgotas. Se inició la instrucción de un sumario contra José María Melo, que aceleró el proceso de rebelión. Guerra Villaboy señala cada uno de los actos que se cumplen a velocidades impresionantes y que van desatando nuevos hechos. Hay unión del pueblo y del ejército. Se escuchaban gritos simultáneos de vivas a Obando y Melo. El 17 de abril un grupo le ofrece a Obando la dirección del movimiento y éste no aceptó. Melo toma el poder; encarcela al Presidente, deroga la Constitución de 1853 y disuelve el parlamento. Fue un golpe de Estado integral. Circulan "catecismos políticos" que buscan expresar lo que se anhela.

Viene el recuento, por Guerra Villaboy, de los defensores de la Constitución; de la repercusión de los hechos en las provincias. Y se hacían evidentes las diferencias entre el mundo rural y sectores artesanales con diversas concepciones. Califican como dictadura artesano-militar, lo acontecido. Se separa

a Melo del poder. Lo toma el vicepresidente Obaldía por enfermedad de Obando.

Viene, luego, un relato sobre los acontecimientos políticos, de quienes alegaban la legitimidad y aquellos que peleaban en defensa del golpe. Lo mismo que la presentación de las tesis que, popularmente, buscaban validar la deposición de Obando. Es tema poco analizado en nuestros anales, a los cuales el autor dedica muchas páginas. Hay explicaciones acerca de las razones para el fracaso. Desde luego, no se detiene y hace, más adelante, el análisis de otros gobiernos que se suceden. Proclama que el de Ospina, en 1857, es la "plena restauración conservadora". Aparecen las luchas de Mosquera, el Pacto de Unión y la Constitución de 1863. Rionegro en vilo de grandeza. En su capítulo de conclusiones el historiador, amparado en su doctrina marxista, formula observaciones que despiertan el mayor interés. Algunas son de su criterio inteligente, enmarcadas dentro del desarrollo económico de la época. Otras, devienen con libre interpretación de los sucesos y algunas circunstancias políticas y sociales, características de nuestro medio colombiano.

Un homenaje a Colombia

Ha sido estimulante revisar las páginas de este libro de Sergio Guerra Villaboy. Es un homenaje a Colombia dedicar su erudición y su tiempo a reseñar y reflexionar sobre épocas trascendentales de nuestro destino. Pero es aún más sugestivo su afán, porque se endereza a desentrañar los postulados ideológicos. No es costumbre intentarlo. Entonces cuenta cómo actuaban las fuerzas económicas — nacionales e internacionales — que prevalecían en esos años; señala conductas colectivas; observa, con sentido crítico, los actos de gobierno, para así extender su juicio a las calidades del pueblo colombiano, manifestadas a través de sus artesanos. Es período muy oculto en nuestros anales, como toda la etapa del radicalismo liberal, porque cuando llegó la dictadura de la Regeneración conservadora, ésta ordenó el exilio de varones de la política y de la escritura. No quedó quien hiciera el balance de esa revolución económica y social de 1850 y que destacara la grandeza de los hechos que se cumplieron en los estados soberanos. No se ha logrado un juicio totalizador porque los archivos se encuentran

dispersos. Pero, esencialmente, porque no se ha tenido suficiente vocación, en los estudios históricos colombianos, en profundizar y sacar conclusiones de los hechos colectivos. El historiador cubano con este libro y con **El dilema de la Independencia** nos convoca a que rectifiquemos esa conducta crítica acerca de nuestro pasado. Son, pues, obras que le dan un gran aliento a los estudios colombianos.

Hay que relevar el impresionante conocimiento, minucioso y preciso, de personajes y sus temperamentos; de datos perdidos en el descuido nacional; de folletos que circulaban muy parvamente en nuestro medio. El autor buscó, escudriñó —y se comprometió— con denuedo mental, en obtener fuentes admirables y variadas. Es una investigación sin antecedentes en el país. La información sobre lo nuestro, hay que celebrarla con apasionado fervor. La riqueza de la bibliografía colombiana, que cubre muy diversos períodos, es estimulante por su riqueza y comprensión y porque uno, como lector, queda notificado de la dimensión del pasado, que él destaca.

A la vez, es un libro muy ceñido a los criterios de Marx y de Lenin, a quienes cita frecuentemente. Pero con sus posiciones científicas, pretende develar, desde el punto de vista universal, parte de los acontecimientos y actitudes. Las citas de estos autores no ocultan lo que se busca relatar, ni enmarañan los textos, ni son palabras que desorienten. Lo que ocurrió realmente, aparece sin subterfugios.

Sólo una observación: cuando la dictadura de Bolívar, José María Córdoba no compartió su actitud. Al contrario, sus cartas, los mensajes al pueblo, su lucha y su muerte, señalan su abierta discrepancia. Murió en franca guerra contra el autoritarismo.

Hay una actitud mental de Guerra Villaboy y es su vocación por el conocimiento detallado de nuestras realizaciones colombianas, las descripcio-

nes del ambiente, el juicio acerca de personas, la cercanía a la naturaleza y a los hechos sociales. Aprovecha ese abigarrado mundo en su totalidad como material cardinal en la exposición. Lo mismo que apela, con constancia, a los textos de norteamericanos que nos han estudiado meticulosamente.

Su gran contribución a la interpretación del pretérito del continente es comprometernos a la exaltación del pueblo. Hace muchos años en mi libro **Revolución y Caudillos (Aparición del mestizo y del barroco en América. La Revolución económica de 1850)**¹, expuse la tesis de que el líder, el caudillo, el jefe, es el que escucha a las multitudes: sus ideas, sus rumores, sus ansias, sus fuerzas subjetivas cercanas a los sueños.

Sergio Guerra Villaboy da una enseñanza: lo mejor de la historia es el pueblo, que es la levadura de la patria.

Compromiso de su lectura

En cuanto terminé la revisión de los dos libros que aquí glosamos, comprendí que coincidía con el autor en la tendencia a presentar los acontecimientos históricos en forma interrelacionada de país a país. El continente aparece integrado en la similitud de hechos del pasado; en las ideas de sus pensadores; en la profundidad moral de las luchas de sus multitudes; en las coordenadas económicas, aún desconocidas por gobiernos, industriales y comerciantes, ausencia de sentido nacional y con abiertas agallas especuladoras.

Por ello intento señalar, apoyado en autores diversos, de épocas lejanas —desde hombres maduros en la evocación cultural hasta recientes escritores— las creencias que me han dado fortalezas en algunas de mis tesis y que iluminan los deberes mancomunados de pueblos, gobiernos e intelectuales.

